

Un ensayo de Michael Sims desvela los personajes reales que inspiraron a Conan Doyle su mítico detective y su ayudante

¿Quién fue el verdadero Sherlock?

J. ORS - MADRID

No existe una imaginación limpia de influencias. En sus profusas memorias, Arthur Conan Doyle lo reconoce y, con la rotundidad que siempre le dio esa seguridad en sí mismo que heredó de una niñez controvertida, repleta de rebeldías y trifulcas callejeras, asegura que la creación no existe en estado puro, como determinados minerales, sino que está en una permanente deuda con la realidad. «Todos los escritores comienzan imitando. Creo que es una regla general; aunque a veces se inspiran en modelos que no son fáciles de descubrir», admite. Un personaje suele ser la destilación final de diversos sentimientos o impresiones, un poliedro que refleja en su superficie todo un abanico procedente de caracteres dispares y peculiares. El escritor y ensayista Michael Sims se ha molestado en indagar en las entretelas de la pareja de detectives más conocidas de la literatura y, como un sagaz inspector, saca a la luz quiénes fueron las personas reales que inspiraron sus ficciones más célebres.

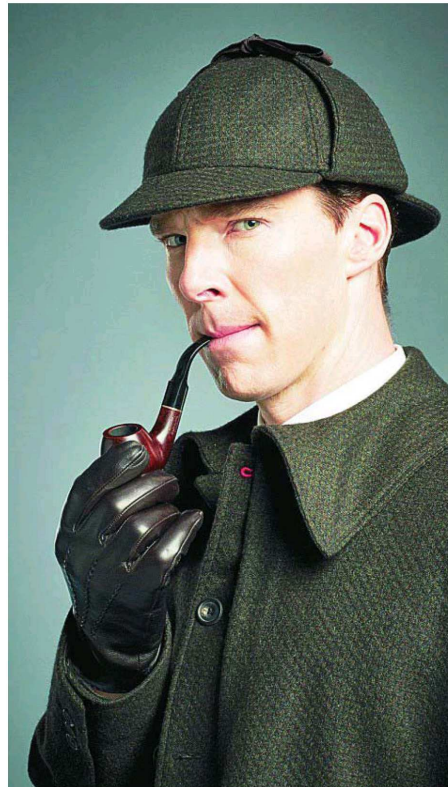
En «Arthur y Sherlock. Conan Doyle y la creación de Holmes», el autor, que no se conforma con aportar pistas, sino que describe con fidelidad ese Edimburgo repleto de leyendas, rateros y pillos, con su laberinto de callejuelas hediondas y descuidados patios interiores, que el abandono recubrían con una película de basura y suciedad que los convertía en el lugar adecuado para que prosperaran toda clase de gérmenes y se convirtieran en foco de epidemias infecciosas. Sims desvela con minuciosidad el entorno familiar de Conan Doyle —con un padre alcohólico y una madre, que sacó adelante a su familia alquilando habitaciones en su casa—, su juventud, que le puso en

contacto con los bajos fondos de su sociedad —y su evolución hasta que se convirtió en médico y luego en narrador. A pesar de su inevitable tendencia a pelearse, Conan Doyle sintió un temprano apego por la lectura y el conocimiento que le condujo a la universidad. Allí encontraría a Joseph Bell, un doctor sobresaliente, carismático, de semblante afilado, nariz aguilera y ojos grises; un hombre con una capacidad innata para la observación. Bell imponía a sus alumnos una obligación: intentar deducir de sus pacientes todo lo que pudieran antes de examinarlos. Obligaba a sus estudiantes a observar a las personas que recibían y reparar en los detalles más insignificantes. Unas dotes que a Bell le ayudaban para acceder a aspectos reveladores de los hábitos o costumbres de los enfermos.

Origen de un nombre

Cuando Conan Doyle, en los años anteriores a 1886, al salir a la venta «Estudio en escarlata», la primera aventura de Sherlock Holmes, se planteó seguir la estela de Poe y su detective Dupin, acudió a uno de los hombres que más había admirado en la facultad. Una persona que predicaba la empatía, con renombre en la profesión, que quedó devastado por la temprana pérdida de su mujer y que jamás desatendió a sus hijos a pesar de su viudedad y sus compromisos. Bell pertenecía a esa raza de médicos a la que no le importaba contagiarse con enfermedades, como le ocurrió, y una vez con severas consecuencias para su salud, para intentar

EL PROFESOR JOSEPH BELL PRESTÓ A SHERLOCK HOLMES PARTE DE SU FÍSICO Y, SOBRE TODO, SU CAPACIDAD DEDUCTIVA



Un detective que resiste el paso del tiempo

Sherlock Holmes posee una cualidad valiosa en un personaje literario: soportar el paso del tiempo y una capacidad innata para adaptarse. La nueva serie, centrada en sus aventuras y protagonizada por Benedict Cumberbatch (en la imagen de la izquierda), ha demostrado que este detective del siglo XIX no ha envejecido nada. A pesar de que aún se le caracteriza con gorra, pipa y capa como las que usaba Joseph Bell (en la foto superior), quien le prestó sus mejores dotes analíticas.

ayudar a los pacientes y que presumieron de una eficaz sagacidad para adelantar diagnósticos.

Conan Doyle, en cambio, acudió a otras fuentes para resolver el problema del nombre de su personaje. De Bell había tomado hasta la gorra y la capa que definen su personaje, pero como tenía que llamarle era otro asunto. Tomó el apellido Holmes de Oliver Wendell Holmes, un médico y ensayista norteamericano que leyó desde muy temprano en su casa materna y el nombre de Sherlock lo extrajo, después de escoger y descartar varias posibilidades, de un inspector jefe de policía, William Sherlock, al que solía citarse con frecuencia en la prensa y que, por lo general, estaba vinculado a la investigación de crímenes que habían llamado la atención del público por su brutalidad.

¿Pero cuál era el origen de su ayudante? Watson surgió de una necesidad literaria. Conan Doyle requería un personaje que conta-

ra la vida de Sherlock. Si hubiera elegido un narrador como el de Poe, hubiera ofrecido pistas sobre los casos a sus lectores, privando así del elemento sorpresa a sus seguidores. Para evitarlo improvisó al doctor Watson, que en los libros se muestra tan sorprendido por la agudeza intelectual de su amigo como aquellos que leían sus aventuras. Tomó el apellido de Thomas Watson, un renombrado médico y le dio un pasado, el de un veterano soldado en la guerra de Afganistán para prefigurarlo como una persona emprendedora y valiente. Lo que Conan Doyle nunca supo anticipar es lo popular que se volvería su pareja y, menos, lo mucho que llegaría a odiar a Holmes.



«ARTHUR Y SHERLOCK»
Michael Sims,
ALPHA DECA.
375 páginas,
24,90 euros.

Telefónica FUNDACIÓN

Historia de las Telecomunicaciones. Cincuenta piezas del patrimonio tecnológico de Telefónica que muestran la evolución de la comunicación a distancia desde finales del s. XIX a principios del s. XXI.

Efemérides: Acciones y promociones. Publicidad y marketing en el Patrimonio Histórico Tecnológico de Telefónica.

Esta muestra saca a la luz verdaderas joyas de la historia de la publicidad española relacionada con la telefonía. No pretende ser solo un viaje a la nostalgia sino más bien una mirada a las formas y modos de comunicación públicas en el siglo XX.

Jennifer Steinkamp. Naturaleza digital. Se exhiben de cinco obras audiovisuales de la artista norteamericana pionera en el uso de animación digital. La exposición es una selección de su obra donde recrea un universo artificial en 3D de campos de flores y árboles movidos por el viento.

Espacio Fundación Telefónica
Fuencarral, 3 Madrid. Tel. 91 580 87 00.
Martes-domingo 10:00 a 20:00 h.
Lunes cerrado. Entrada libre.